

HISTORIA Y HECHICERÍA

Gervasio Luis García

Si nada es cierto, entonces todo está permitido.

Dostoievski

Todo debe ser una mentira incontable cuando la cultura milenaria no puede evitar el derramamiento de ríos de sangre.

Erich Maria Remarque

Vivimos tiempos duros de cinismo y desazón, pero no más desesperados que los de la Rusia zarista o la Europa en ruinas después de la gran guerra del 14, como sugieren los epígrafes. Aun así, hoy también se marchitan las esperanzas de cambio y las utopías no alimentan otro mundo apto para seres humanos. En el capitalismo de las ilusiones perdidas, no extraña que se enseñoreen el derrotismo y el relativismo desbocados.

Prueba al canto es el posmodernismo, practicado en algunos sectores, que proclama que no hay “conocimiento objetivo” porque lo que la tradición empírica occidental postula como “evidencia” (estadística, o anecdótica) “siempre está teñida por la cultura y la ideología del observador”.¹ En esa vena, si todo relato histórico está manchado por los prejuicios del historiador, la historia es un engaño, sobre todo la que pretende pasar por la “verdad” o la “realidad”. “Si nada es cierto...”, como exclama el

¹ Véase la síntesis crítica del tema posmoderno en Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth About History*. New York, W.W. Norton & Company, 1994, pp. 198-237.

apabullado escritor ruso, entonces no hay certezas defendibles, comprobables, y todo es una farsa. Y nos dejan sin historiografía y sin sujeto de estudio: el auténtico “fin de la historia”.

Creo, por el contrario, que ningún historiador sensato reclama mostrar toda la compleja verdad del pasado porque trabaja con fragmentos cargados y sesgados. Por lo tanto, el pasado objetivo total es inalcanzable, pero no por elusivo renunciamos a armarlo y descifrarlo, rastreando las intenciones y los mecanismos no evidentes. En otras palabras, todo conocimiento —histórico, científico, literario— es relativo y, a la vez, objetivo; es decir, verificable y defendible por su coherencia lógica y su correspondencia con las evidencias a la mano. La historia es una propuesta parcial e incompleta, no la verdad revelada.

Enfrentados al “todo vale y nada vale” de algunos posmodernos, el historiador reconoce y acepta los límites temporales, culturales, políticos y sociales de sus conclusiones, sentenciadas a ser superadas por otros con recursos conceptuales y metodológicos más ricos, materias primas frescas y preocupaciones inéditas. Pero si queremos entablar un diálogo fecundo con los posmodernos, ¿es necesario deponer las armas y renunciar a la historia, o practicarla con mala conciencia? Esta es la alternativa preocupante que termina proponiendo el ensayo de Pedro Luis San Miguel, en el que contrasta la historia y la antropología, destacando los préstamos y las flexibles colindancias de sus territorios.

...no siempre los usuarios de la historia y en alguna ocasión los mismos historiadores saben discernir entre su condición de intelectuales críticos y la tentación de ser los hechiceros de la tribu.

José-Carlos Mainer

chamán: “hechicero al que se supone dotado de poderes sobrenaturales para sanar a los enfermos, adivinar, invocar a los espíritus...”

Diccionario de la Real Academia Española

Para empezar, San Miguel concede que la historia es “montaje”, “engañifa”, “truco”, “mistificación”, “artificio”, “enga-

ño”, “juego”, “broma”, “espejo roto” con “imágenes deformadas”; y los historiadores son “productores de engaño”, “creadores de ilusiones”, “prestidigitadores” y “chamanes”. Mas si la historia es una patraña y los historiadores unos farsantes, ¿por qué montar una ponencia con referencias bibliográficas, visiones en conflicto (todas “engañosas”), en orden temporal, y opiniones propias, envueltas en un raro sentido del humor, rayano en la autoparodia? ¿Por qué curarse en salud ante los posmodernos, con “falsos comienzos”, “coartadas” y “montajes” o con la broma del historiador vapuleado por el último huracán? A propósito, cuando el huracán Georges aparezca en los textos de historia, ¿habrá ocurrido de verdad o será también un “truco” de un historiador-hechicero pesimista? Si la verdad es una ilusión ¿tendremos que jubilar las notas al calce y al lector que adivine nuestras fuentes?

Las crisis de vocación no son exclusivas de los historiadores. Cuando el antropólogo Eric R. Wolf comprendió que la antropología estadounidense estaba en precario, recurrió a la historia y no a la irracionalidad. Insistió en que la antropología tenía que “descubrir la historia” para darle sentido analítico a todas las sociedades. Para evitar caer en la trivialidad, recomendó la búsqueda en el pasado de las causas del presente. En vez de extasiarse en el “Otro” aislado, apuntó a los “otros”, a la “gente sin historia” (campesinos, trabajadores, inmigrantes y minorías acosadas), “agentes y víctimas del proceso histórico”, e integrantes de un mundo formado de partes inseparables. Confiaba que, en esa ruta, estaba a un paso de la comprensión de la “condición humana”.²

Para evitar ser las marionetas del pasado... debemos reapropiarnos del pasado.

Pierre Bourdieu

El posmodernismo se ve a sí mismo como un vendaval que ha sacudido las bases del racionalismo nacido de la Ilustración. Algunos de sus contrincantes piensan que, en realidad, es una tormenta en un vaso de agua porque ha “subvertido todo y

² Eric R. Wolf, *Europe and the People Without History*. Berkeley, University of California Press, 1982, pp. IX-X.

no ha transformado nada". Ni lo uno ni lo otro. Hasta sus críticos tenemos que aceptar que, por encima del "topo", el "tropo" y el "oximoron", ha obligado a redefinir el alcance y las limitaciones del pensamiento ilustrado heredado por el siglo 20. Y a reconocer que detrás de las historias hay estrategias e intereses de poder que a veces deforman y confunden la realidad³. Esto, en palabras de Carlos Pabón, no es nuevo sino la reiteración de las conclusiones de Marx, hijo crítico de la modernidad insuficiente, empeñado en mostrar la autonomía relativa de los personajes históricos, productos y productores de sus circunstancias. Pero cabe recordar también que Marx creía en la capacidad de soñar, de conocer al ser humano en sociedad, y de apostar a la felicidad universal con ayuda de la ciencia, la economía, las artes y la historia.

Por lo tanto, propongo volver a la manera más modesta y más exigente de hacer historia, es decir, hacer inteligibles los datos, "dándoles orden y sentido sin aplastar su autonomía"; a "conferirle significados a los detalles azarosos, fragmentarios y accidentales de la vida, sin perderlos de vista, sin sacrificar lo concreto y lo particular en el altar de la abstracción", "con ayuda de las palabras, la narración y el análisis".⁴

No hay razón para renunciar a la historia crítica, sin coartadas. Sé que es una utopía, como la historia total o el deseo de una sociedad sin injusticias ni desigualdades. Conlleva reconocer las intenciones escondidas, las excusas y los pretextos en los relatos históricos, y también que pongamos las cartas sobre la mesa y critiquemos, desde la primera hipótesis, aquello en lo que uno cree y por lo que uno se afana. Es decir, que la crítica de los otros se haga desde la crítica de nosotros, con una perspectiva más tolerante y abarcadora.⁵ De esa manera, las categorías dejan de ser "artificios", como cree San Miguel. Si las llenamos de contenidos específicos y contradictorios, clase, nación y patria, por ejemplo, dejan de ser cheques en blanco, o cosas estáti-

³ Ver el inventario de aportaciones del posmodernismo destacado por David Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Cambridge, Basil Blackwell, 1989.

⁴ Alan Trachtenberg, *Reading American Photography. Images as History. Mathew Brady to Walter Evans*. 4ta ed., New York, Hill & Wang, 1996, pp. XIV-XVII.

⁵ Aijaz Ahmad, *In Theory. Classes, Nations, Literature*. London, Verso 1994, p. 118.

cas y desconectadas, al mostrar sus conflictos íntimos, sus recompensas y sus terribles consecuencias.

Por otra parte, concluir, desarmado, que todos los historiadores están en el mismo *Titanic* (desde los “tradicionales” hasta los “posmodernos”), es caer en la celada posmoderna de eliminar la diferencia (yo y el Otro), destacándola. Si todo es igual —el banquero y el peón, el historiador y el novelista, por ejemplo— se trivializa la tarea de historiar al reducirla a “juegos retóricos”, y a la historia a una planicie perfecta y unidimensional. Desde esa perspectiva, las diferencias en la historia de la historia no son las teorías novedosas, los aciertos investigativos y las conclusiones originales, sino las maneras “literarias” de narrar el pasado.

San Miguel es bien claro: para él, tan artificioso es descansar el éxito de una “plantación esclavista” en las iniciativas de sus “propietarios y administradores”, como “adjudicarle comportamientos” al “campesino”, tal como él hace y hará, “sin sentido de culpa”, en sus pasadas y futuras investigaciones. Pero, ¿entendemos mejor la historia de Puerto Rico emborujando en el mismo plano la “conquista española, la invasión del 98, la ascensión al poder del Partido Popular”, y el “pueblo, la solidaridad, la revolución, la ideología”? No es fácil ver si San Miguel está consciente de las implicaciones de sus conclusiones porque, en el fondo, no sólo niega el sujeto histórico, también niega la posibilidad de un relato histórico e incluso del lenguaje histórico. Es cierto que las interpretaciones históricas dependen de los presupuestos del historiador, pero es descabellado pensar que son infinitas. En esa onda, quizás el Holocausto nunca existió, como dicen algunos, y, por tanto, no podemos hablar de los judíos exterminados por el nazismo como sujetos históricos. O tal vez, la gran masacre de los haitianos en la época de Trujillo es el “artificio” de un historiador imaginativo. *Anything goes*.

Creo, por el contrario, que precisar causas y utilizar categorías y conceptos no es obra del “sino”, del destino insondable e irresistible, como subraya San Miguel. Es, más bien, el recurso humano más elemental para demostrar que las cosas no son gratuitas y caprichosas. Explicándolas le damos sentido a las rela-

ciones humanas, en el tiempo y en el espacio, desde nuestras inquietudes presentes.

Además, si no estamos dispuestos a aceptar el reto posmoderno de que la historia es un “género literario”, y tampoco asumimos las últimas consecuencias de defender su capacidad para sumar conocimientos, para vivir mejor, “porque nos reduciría al más absoluto silencio”, como cree San Miguel, ¿para qué seguir dialogando con los críticos incriticables posmodernos? Así, sin quererlo, con las manos rigurosamente antisépticas, ¿no es darle la razón a Terry Eagleton que cree que “tal vez Poncio Pilatos fue el primer posmoderno” y a Georg H. Fromm que insiste en que el posmodernismo es “una manera elegante de rajarse”?

En última instancia, se trata de hacer una historia inconforme, intranquila, en guerra consigo misma, en transformación constante. Capaz, sobre todo, de asumir posturas ante el para qué y el para quién de la historia. Las desconstrucciones posmodernas pueden ser muy provechosas si contribuyen a construir una sociedad menos intolerante y más igualitaria. En esa ambiciosa tarea común, los historiadores no tenemos que pasar por hechiceros y magos, invocar saberes misteriosos y arroparnos en sahumeros verbales, sino ayudar a definir las fronteras entre la ficción y la historia.

En Mesoamérica, por ejemplo, el largo y trabajoso viaje del mito a la historia, hizo escalas en la leyenda, el lenguaje de los símbolos, el mensaje mesiánico, las utopías y las crónicas.⁶ En su momento, ninguna etapa es mejor que la otra, porque nace de las necesidades del entorno en un tiempo particular y depende de los conocimientos vigentes. Pero, en perspectiva, muestran el progreso del deseo del ser humano de conocerse a sí mismo, convencido de que sus actividades son comprensibles.

Es lo que permite ser justos con el chamán, pues no le pedimos lo que no era, historiador, y lo aceptamos como un individuo empeñado en relacionarse con lo “sobrenatural mediante prácticas de éxtasis o trance”. Su meta no era recuperar el pasado, a diferencia del escriba mesoamericano, estudiado por Flo-

⁶ Enrique Florescano, *Memoria mexicana*. 2^{da} ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 9-10.

rescano, que era visto como una “tea que no ahuma”, “el depositario de los conocimientos antiguos, el que conserva y comunica los secretos contenidos en los libros pintados, el que ilumina lo que ocurre en la tierra.” En la sociedad indígena, estos conocedores del pasado son respetados porque son “los que están mirando (leyendo), los que cuentan (o refieren lo que leen). Los que vuelven ruidosamente las hojas de los códices. Los que tienen en su poder la tinta negra y roja (la escritura) y lo pintado...”

*Pensar la historia “con la historia”, no contra ella...
La historia no como un mero objeto de estudio, sino
como una práctica dinámica que nos implica. Quizás así se puedan proponer nuevos puntos de partida.*

Arcadio Díaz Quiñones

En conclusión, el poco público que convocan muchas historias áridas y dogmáticas ha llevado a algunos historiadores a trocar la historia por la “ficción”, a escribir novelas y cuentos para llegar a un círculo más amplio de lectores, ávidos de textos entretenidos y vitales. Nada más legítimo, sobre todo si se trata de Alejo Carpentier. Pero, si la historia es aburrida es porque los historiadores son aburridos, como recalca Manuel Moreno Friginals. Si nada es más apasionante que la vida misma, pasada y presente, podemos también mostrarla con emoción y aliento, apropiándonos de los “resortes de la literatura”, como aconseja Fernando Picó, sin necesidad de encantamientos y neologismos brumosos. Se trata, en fin, de construir una historia con certezas y dudas, hecha por historiadores con las manos un poco sucias del barro del que están hechos los seres humanos y mundanos que intentamos comprender, con simpatía e imaginación.

⁷ *Ibid.*, p. 140.